

## TEMA 5 [F]

### ¿REPRESIÓN O TRASCENDENCIA [SUBLIMACIÓN]?

Adolfo Chércoles Medina SJ

#### A. Visión de Freud:

**[F] 2º. La felicidad como trascendencia de la sexualidad: la sublimación** (la sexualidad como posibilidad y reto [tarea]):

**[a]- La sublimación como el destino más importante de nuestros instintos; la represión como su fracaso (60-62)**

*Paradójica ambigüedad de nuestra sexualidad* [en nuestra sexualidad parece que hay cosas contradictorias]

En efecto, la sexualidad que ‘desaparece’ a los cinco años no tiene futuro en sí misma, pero puede desarrollar nada menos que lo que denominamos cultura, si su encauzamiento es correcto [si la metemos por buen camino], y es de agradecer que se nos ilumine con constataciones [con hechos] la verdad de esta posibilidad genial. El problema es que nos asustan las disyuntivas [los caminos contrapuestos que se abren ante nosotros] que provocan ese misterio de la existencia humana que es la libertad. Es verdad que porque somos libres ‘podemos equivocarnos’, y que no es ningún logro terminar como un ‘hormiguero’. Pero el costo de esta posibilidad maravillosa que nos hace personas, la libertad, puede ser trágico a veces. De la misma manera, el no correcto desarrollo de nuestros instintos sexuales, ‘polimórficamente perversos’, puede llevarnos a la neurosis; pero, no debemos olvidar, que la misma realidad conducida correctamente crea las ‘formaciones reactivas de la moral, el pudor y la repugnancia’. No estaría mal que nos preguntásemos qué sería de nosotros si estas tres ‘formaciones reactivas’ desapareciesen de nuestro comportamiento. ¡Bendito riesgo de la neurosis cuya alternativa nos proporciona la cultura!

Pero veamos la afirmación que hace del ‘displacer [malestar] neurótico’ en **Más allá del principio del placer**: *con seguridad, todo displacer neurótico es de esta naturaleza: placer que no puede ser sentido como tal.*<sup>1</sup> Es decir, todo placer que no surge de una sexualidad correctamente evolucionada no va a ser tal. Por otro lado ha defendido que 'la libertad sexual' no es respuesta, más aún, que es un peligro porque no va a poder hacerse cargo de la realidad. Luego nos va mucho en ello, que en este desarrollo lleno de trampas, pero también de posibilidades, seamos capaces de encauzar una energía tan decisiva cuyo resultado nunca puede estar asegurado, pero sí habrá que hacerlo posible o, por lo menos, no hacerlo imposible.

**“Con entero placer y gozo”**

En este contexto, quiero aludir a dos afirmaciones que van en la misma línea, una de **Lewis**, al que empezábamos citando en este trabajo, la otra de **San Ignacio de Loyola**. El

---

<sup>1</sup> **Más allá del principio del placer** (1919-20) p 2509

primero en la carta XXII de **Cartas del diablo a su sobrino** dice: “en el fondo, [Dios] es un hedonista [le gusta el placer]”, y San Ignacio afirma sin la menor restricción “porque entonces me halle con entero placer y gozo” [EE 187] o en la 4ª Semana, “y pensar cosas motivadas a placer, alegría y gozo espiritual” (EE 229), frente a los “placeres aparentes” de la primera regla de discernimiento de 1ª Semana [EE 314]. El ser humano busca su plenitud, otra cosa es que ésta parece ser que no es posible sin discernimiento. O como el mismo **Freud** reconocía que en ese acceso a la realidad ineludible [no hay más remedio] hay que renunciar al ‘principio del placer’ con el que nacemos, y acostumbrarnos al *aplazamiento de la satisfacción* y...a aceptar pacientemente el *displacer* durante el largo rodeo necesario para *llegar al placer*.<sup>2</sup> Es decir, la ‘frustración’ en cuanto tal nunca es salida para el ser humano: ¡no hemos nacido para ser unos desgraciados!

La repetida acusación a la ‘moral sexual cultural’ [las normas establecidas por la cultura respecto a la sexualidad] como origen de la ‘nerviosidad moderna’ tendríamos hoy que confrontarla con una cultura que no podemos decir que apunte precisamente a la restricción, y, sin embargo, los logros no son tan eufóricos. Quizás su reflexión al final de su trabajo sobre este tema tenga algo que decirnos: *Ante estos resultados habremos de preguntarnos si nuestra moral sexual cultural vale la pena del sacrificio que nos impone, sobre todo si no nos hemos libertado aún suficientemente del hedonismo* [la obsesión de pasarlo bien, del placer] *para no ingresar en los fines de nuestra evolución cultural cierta dosis de felicidad individual*.<sup>3</sup> La disyuntiva [alternativa] parece clara: si no estamos dispuestos a ‘liberarnos del hedonismo’, con el que nacemos (“principio del placer”) difícilmente encontraremos ‘cierta dosis de felicidad’ en nuestra necesaria incorporación a la cultura. Una ‘cultura’ que ponga en primer plano cualquier tipo de ‘hedonismo’ en sí (no ‘felicidad’ que siempre será resultado), ¿puede denominarse tal o simplemente consistirá en un proceso regresivo?

***La sublimación como el ‘destino más importante de nuestros instintos’, la represión como su fracaso.***

La única salida parece estar en lo que él considera como ‘el destino más importante de los instintos’, la ‘sublimación’: *El destino más importante de los instintos parecía ser la sublimación, en la cual son sustituidos por otros el objeto y el fin, de manera que el instinto originalmente sexual encuentra su satisfacción en una función no sexual ya y más elevada desde el punto de vista social o ético*.<sup>4</sup> ¿En qué sentido esta nueva ‘satisfacción’ es más elevada? ¿No habría que volver a su constatación de que el “instinto sensual está llamado a extinguirse en la satisfacción” y sólo encontrando salidas ‘más duraderas’ podríamos hablar de esa necesaria superación del ‘principio del placer’ sin que se traduzca en frustración, que como hemos visto él afirma que es posible?

Pero veamos la misma idea formulada dos años después: *todos los sentimientos cariñosos fueron originariamente tendencias totalmente sexuales, coartadas después en su fin o sublimadas. En esta posibilidad de influir sobre los instintos sexuales reposa también la de utilizarlos para funciones culturales muy diversas, a las cuales aportan una importantísima*

<sup>2</sup> Más allá del principio del placer (1919-20) p 2509

<sup>3</sup> La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna (1908) p 1261

<sup>4</sup> Psicoanálisis y teoría de la libido (1922) p 2675

*ayuda.*<sup>5</sup> Si las ‘tendencias cariñosas’ eran las que ‘creaban entre los hombre lazos más duraderos’ (y no una ‘negación’ del instinto sexual en cuanto tal, sino una transformación posible, dada la ‘plasticidad’ del instinto sexual en el ser humano), habría que buscar por este camino salidas que no se dan en la otra alternativa. En este sentido, la ‘sublimación’ o los ‘instintos sexuales coartados en su fin’ ¿son una ilusión o una culminación [lo mejor que podía pasar]? Esta creo que es la gran pregunta que tendríamos que hacernos. Por lo pronto hay que tener en cuenta que la represión en cuanto tal no es sublimación ni tampoco un instinto coartado en su fin.

En efecto, la represión tiene que ver con el inconsciente, o mejor dicho, termina en él. Veamos cómo lo formula a propósito de la renuncia a la ‘satisfacción masturbación-fantástica’: *Cuando luego renuncia el individuo a este orden de satisfacción masturbación-fantástica, queda abandonada la acción; pero la fantasía pasa, de ser consciente, a ser inconsciente, y cuando la satisfacción sexual abandonada no es sustituida por otra distinta, observando el sujeto una total abstinencia pero sin que le sea posible sublimar su libido, o sea desviar su excitación sexual hacia fines más elevados; cuando todo esto se une, quedan cumplidas las condiciones necesarias para que la fantasía inconsciente adquiera nuevas fuerzas y consiga, con todo el poderío de la necesidad sexual, exteriorizarse, por lo menos en parte, bajo la forma de un síntoma patológico.*<sup>6</sup> Todo el problema gira en torno de la posibilidad de ‘sublimar su libido’. Si esto no se lleva a cabo, termina en patología [anormalidad]. De modo que la sublimación, al parecer, es la gran alternativa para todos aquellos ‘instintos’ que no tienen salida (‘perversos’).

Pero más curiosa es su concepción del destino de la homosexualidad, tanto la inconsciente (que como veremos, según él, se da en todos a pesar de llegar a la heterosexualidad), como la manifiesta. Veamos cómo desarrolla su hipótesis: *Una vez alcanzada la elección heterosexual de objeto, las tendencias homosexuales no desaparecen ni quedan en suspenso, sino que son simplemente desviadas del fin sexual y orientadas hacia otros nuevos. Se unen con elementos de los instintos del yo, para constituir con ellos los instintos sociales, y representar así la aportación del erotismo a la amistad, a la camaradería, a la sociabilidad y al amor general a la Humanidad. Por las relaciones sociales normales de los hombres no adivinaríamos nunca la magnitud de estas aportaciones procedentes de fuentes eróticas con inhibición de su fin sexual. A este contexto pertenece también el hecho de que precisamente los homosexuales manifiestos, y en primer término aquellos que rechazan toda actividad sexual, se caractericen por una intensa participación en los intereses generales de la Humanidad, surgidos de la sublimación del erotismo.*<sup>7</sup>

Nada menos que los sentimientos sociales más elevados, como ‘la amistad, la camaradería, la sociabilidad y el amor general a la Humanidad’, provienen de la sublimación de nuestra homosexualidad descartada al optar por la heterosexualidad. Pero es que en los ‘homosexuales manifiestos’, ‘que rechazan toda actividad sexual’ logran ‘una intensa participación en los intereses generales de la Humanidad’, y todo esto es gracias a ‘la sublimación del erotismo’. Podríamos decir, que todo está llamado, en el instinto sexual humano, a alcanzar logros que lo trascienden; si no, queda atrapado en la simple satisfacción: ahí se extingue. El mismo amor conyugal, está llamado a extinguirse si no se produce esta

<sup>5</sup> **Autobiografía (1924) p 2779**

<sup>6</sup> **Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad (1908) p 1350**

<sup>7</sup> **Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrita (Caso Schreber) (1910) p 1517**

trascendencia que lo convierte, de algo que ‘se consume’ a algo que dinamiza [nos anima] y nos trasciende [nos hace salir de nosotros mismos].

Si este es el valor de la sublimación, es importante tener en cuenta su verdadero alcance para no simplificar algo de suyo tan complejo. Y por lo pronto no rechazar una teoría que se muestra bastante contrastada con la observación y la experiencia, y que en vez de ‘degradar’ nuestros más sublimes logros culturales (por tener orígenes ‘tan bajos’), nos descubre una vez más la sorprendente posibilidad de trascenderse que tiene el ser humano en todas sus dimensiones.

Pero si esta posibilidad de sublimación es un logro indiscutible, no podemos considerarlo como un logro ‘seguro’. Veamos las advertencias que nos hace en **Introducción al psicoanálisis**: *...Entre las fuerzas instintivas así sacrificadas desempeñan un importantísimo papel los impulsos sexuales, los cuales son aquí objeto de una sublimación; esto es, son desviados de sus fines sexuales y dirigidos a fines socialmente más elevados, faltos ya de todo carácter sexual. Pero esta organización resulta harto inestable; los instintos sexuales quedan insuficientemente domados y en cada uno de aquellos individuos que han de coadyuvar [ayudar] a la obra civilizadora perdura el peligro de que los instintos sexuales resistan tal trato. Por su parte, la sociedad cree que el mayor peligro para su labor civilizadora sería la liberación de los instintos sexuales y el retorno de los mismos a sus fines primitivos y, por tanto, no gusta de que se le recuerde esta parte, un tanto escabrosa, de los fundamentos en los que se basa, ni muestra interés ninguno en que la energía de los instintos sexuales sea reconocida en toda su importancia y se revele, a cada uno de los individuos que constituyen la colectividad social, la magnitud de la influencia que sobre sus actos pueda ejercer la vida sexual...*<sup>8</sup>

Es decir, es la paradójica contradicción que siempre acompaña a todo lo humano y, en el caso que nos ocupa, a su sexualidad: o se la degrada, o se la exalta; o se la elimina o se ‘entroniza’ [se le hace un monumento]. Por un lado el ‘logro’ de la sublimación nos entusiasma hasta el punto de hacernos creer que la meta está asegurada: ¡y no es así! Pero, por otro lado, nos espanta “la liberación de los instintos sexuales y el retorno de los mismos a sus fines primitivos” (¡temor justificado!), pero que nos lleva a ‘mirar para otro lado’ en lugar de tener más vigilado algo que tiene una gran energía y que, por tanto, ha de estar especialmente controlado (encauzado).

Más aún, no cree **Freud** que este logro de la sublimación pueda considerarse sin más como “un destino instintual impuesto por la cultura”: *La sublimación de los instintos constituye un elemento cultural sobresaliente, pues gracias a ella las actividades psíquicas superiores, tanto científicas como artísticas e ideológicas, pueden desempeñar un papel muy importante en la vida de los pueblos civilizados. Si cediéramos a la primera impresión, estaríamos tentados a decir que la sublimación es en principio, un destino instintual impuesto por la cultura; pero convendrá reflexionar algo más al respecto.*<sup>9</sup> Nunca caerá en la socorrida trampa de la simplificación, admitiendo sin más como único factor de la sublimación la cultura, lo cual sería una tautología [incongruencia]: lo que está llamado a surgir de ella, la generaría. Otra cosa serán las ‘explicaciones’ que él buscará para justificar este dato. A mi parecer es lo más flojo de todo lo que nos dejó. Por otro lado ya he confesado que mi gran

<sup>8</sup> **Introducción al psicoanálisis (1915-1917) p 2130**

<sup>9</sup> **El malestar en la cultura (1929) p 3038**

agradecimiento a Freud no es tanto por sus teorías cuanto por sus observaciones.

En efecto, su honestidad en ser fiel a dichas observaciones le lleva a callejones sin salida a veces. Él constata [comprueba] que la ‘capacidad de sublimación’ no es algo con lo que podemos contar como incorporado definitivamente a modo de un instinto; por eso avisa muy seriamente al médico no contar con ella sin más: *...en esta cuestión debe saber dominarse el médico y subordinar su actuación a las capacidades del analizado más que a sus propios deseos. No todos los neuróticos poseen una elevada facultad de sublimación. De muchos de ellos hemos de suponer que no hubieran contraído la enfermedad si hubieran poseído el arte de sublimar sus instintos... además, debe tenerse en cuenta que muchas personas han enfermado precisamente al intentar sublimar sus instintos más de lo que su organización podía permitirselo, mientras que aquellas otras capacitadas para la sublimación la llevan a cabo espontáneamente en cuanto el análisis deshace sus inhibiciones [lo que inconscientemente estaba atado y no podía usarlo]. Creemos, pues, que la tendencia a utilizar regularmente el tratamiento analítico para la sublimación de instintos podrá ser siempre meritoria, pero nunca recomendable en todos los casos.*<sup>10</sup>

Es decir, para Freud, cuando la capacidad existe, ella misma se despliega ‘espontáneamente’. El problema es adelantarse a un proceso en el que el paciente siempre debe ser el protagonista [el que vaya por delante]. Es sorprendente el paralelismo de este consejo con el de San Ignacio de Loyola al comienzo de los EE (Anotación 18): *porque no se den a quien es rudo o de poca complisión [capacidad], cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas.* Lo curioso es que San Ignacio da dos raíces de esta incapacidad que no puede uno saltarse sin más: que ‘es rudo’ (sin formación de ningún tipo, es decir, sin haber podido incorporar un mínimo de nivel cultural), o ‘de poca complisión’ (que carece de los recursos psíquicos que podemos considerar mínimos). No sólo es, por tanto, la ‘capacidad natural’, sino que quien ha podido adquirir cierto nivel cultural podrá tener unos recursos de los que carece el que no los ha adquirido. Pero una cosa sería esta ‘formación’ que hay que dar, confundiénola con un forzar algo que sólo va a ser válido si la persona que va adquiriendo dicha formación la incorpora y desarrolla espontáneamente. Aquí, sin duda, para el creyente hay un margen para la gracia. [60-64]

**[b]- La sublimación no es la idealización:** *La sublimación es un proceso que se relaciona con la libido objetal [la sexualidad en cuanto instinto] y consiste en que el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual. Lo más importante de él es el apartamiento de lo sexual. La idealización es un proceso que tiene efecto en el objeto, engrandeciéndolo y elevándolo psíquicamente, sin transformar su naturaleza... Por consiguiente,... la sublimación describe algo que sucede con el instinto y la idealización algo que sucede con el objeto... La producción de un ideal eleva, como ya hemos dicho, las exigencias del yo y favorece más que nada la represión. En cambio, la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión.*<sup>11</sup> (65-66)

He transcrito esta cita de **Introducción al psicoanálisis** en el epígrafe por su claridad.

<sup>10</sup> Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico (1912) pp 1658-9

<sup>11</sup> Introducción al psicoanálisis (1914) p 2029

Difícilmente encontraremos una manera más sencilla de distinguir algo que, como nos descuidemos, podemos confundir: la diferencia entre ‘formación de un ideal’ y la ‘sublimación’.

La precisión es de agradecer, sobre todo por las consecuencias prácticas que lleva consigo el tenerla en cuenta. Es decir, la sublimación freudiana [de la que habla Freud] no tiene nada que ver con el significado que dicho vocablo tiene en nuestra utilización corriente. En efecto, cuando afirmamos que alguien ‘ha sublimado’ algo, entendemos que lo ha idealizado, y tiene un matiz siempre peyorativo [negativo], mientras el término [la palabra] en el psicoanálisis se refiere a una transformación que se ha producido en el mismo instinto, lo cual es completamente diferente.

Y así, en el párrafo siguiente a la cita anterior alude a esta confusión, que por lo visto no es sólo en nuestro idioma, sino que en Alemania en su tiempo también ocurría: *La formación de un ideal del yo es confundida erróneamente, a veces, con la sublimación de los instintos. El que un individuo haya trocado su narcisismo por la veneración de un ideal del yo, no implica que haya conseguido la sublimación de sus instintos libidinosos [sexuales]. El ideal del yo exige por cierto esta sublimación, pero no puede imponerla. La sublimación continúa siendo un proceso distinto, cuyo estímulo [motivo] puede partir del ideal, pero cuya ejecución permanece totalmente independiente de tal estímulo. Precisamente en los neuróticos hallamos máximas diferencias de potencial entre el desarrollo del ideal del yo y el grado de sublimación de sus primitivos instintos libidinosos, y, en general, resulta más difícil convencer a un idealista de la inadecuada localización de su libido [que su sexualidad no está en su sitio] que a un hombre sencillo y mesurado en sus aspiraciones. La relación de la formación de ideal y la sublimación respecto a la causación de la neurosis es también muy distinta. La producción de un ideal eleva, como ya hemos dicho, las exigencias del yo y favorece más que nada la represión. En cambio, la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión.*<sup>12</sup>

Por lo pronto, el ideal ‘exige’ la sublimación, pero no puede ‘imponerla’. Otra cosa es que la necesite, pero es un proceso distinto, que no tiene nada que ver con sus posibilidades. Por otro lado, el ideal ‘eleva las exigencias del yo’, con lo cual lo que puede favorecer es la pura y dura ‘represión’ [rechazar la cosa sin dar razones ni saber por qué], mientras la sublimación es el medio de llevar a cabo dichas exigencias sin represión, es decir, espontáneamente, lo que San Ignacio describiría como el signo por excelencia [la señal más clara] de la acción del Espíritu: la **suavidad**.

**[c] - La sublimación como posibilidad y riesgo: peligro de ir más allá de las propias posibilidades. [4-6: Ya visto] [53-55]**

**Riesgos y posibilidades de un proceso: ¿represión o sublimación?**

¿Tiene algo que ver todo esto con la felicidad? ¿Qué papel puede tener la sexualidad en esa búsqueda de la felicidad que como hemos visto se ha convertido hoy en algo obsesivo? Quizás lo mejor será volver a **Freud** y aprovecharnos de la descripción que él hace de la problemática evolución de nuestra sexualidad, que por otro lado parece ser que está llamada a

---

12 **Introducción al psicoanálisis** (1914) p 2029

alcanzar unos niveles de normalidad, aunque en absoluto estén asegurados. En este itinerario al que ya hemos aludido ('autoerotismo', 'complejo de Edipo', 'periodo de latencia' hasta llegar a la 'pubertad' con la 'elección de objeto') ¿con qué mecanismos cuenta el ser humano para alcanzar una supuesta normalidad? ¿Dónde están los riesgos más corrientes? Y aquí tenemos que seguir profundizando en los dos conceptos claves en **Freud**, la represión y la sublimación. Ambos términos parece que se contraponen, pero en realidad en muchos momentos son complementarios.

Por lo pronto, el mecanismo de la represión se presenta como irrenunciable, ya que va a hacer posible la superación de estadios [etapas] de nuestra sexualidad más primitivos que desembocarían en lo que denominamos perversiones. Pero veamos cómo lo describe **Freud** en **Análisis fragmentario de una histeria (caso Dora)**: *Las perversiones no constituyen una bestialidad ni una degeneración en el sentido emocional de la palabra; son el desarrollo de gérmenes contenidos en la disposición sexual indiferenciada [no determinada] del niño y cuya represión u orientación hacia fines asexuales más elevados -sublimación- está destinada a producir buena parte de nuestros rendimientos culturales. Así, pues, cuando alguien ha llegado a ser grosera y manifiestamente perverso, será más exacto decir que ha permanecido tal y representa un estadio de una inhibición [paralización] del desarrollo.*<sup>13</sup>

Es decir, tanto la represión, como la sublimación, van a impedir que 'disposiciones' de nuestra sexualidad infantil, de suyo inservibles (*perversas*) se expresen y sean coartadas o negadas para que puedan proporcionar "buena parte de nuestros rendimientos culturales", de tal forma que el 'llegar a ser grosera y manifiestamente perverso' no es resultado sino bloqueo [no es que no se ha llegado, sino que no se avanzó], no evolución sino estancamiento.

Si esto es así (yo así lo creo), tiene consecuencias de gran calado [muy serias]. En efecto, el resultado correcto (normal) de la evolución de nuestra sexualidad estaría más en nuestras manos de lo que nos creemos, y no tanto dependería del azar. La euforia 'rousseauiana' (el creer que la 'naturaleza' humana dejada a sí misma va a alcanzar los logros [resultados] mejores) no tiene cabida desde esta perspectiva [no tiene nada que ver con lo que estamos diciendo]. No es lo mismo, por lo tanto, una educación que otra. No es lo mismo ignorar una complejidad a la que hay que responder [desconocer una dificultad que hay que superar], que tenerla en cuenta. De hecho, el juicio de la 'gente normal' (¡¡¡no especializada!!!) que en gran medida siempre describe (no analiza), es bastante significativo: cualquier desorden 'perverso' en esta materia se interpreta como algo 'primitivo', en el sentido de no evolucionado: "este es un animal", "este es un salvaje", decimos.

Pero la gran paradoja de la sexualidad humana, como ya vimos en temas anteriores, es que nuestra 'disposición sexual perversa de la infancia', está llamada a ser 'fuente' de 'nuestras virtudes [lo mejor de nosotros]'; pero para que esto ocurra tienen que llevarse a cabo 'formaciones reactivas' [energías que reaccionen con rapidez]. Más aún, 'la conducta llamada normal de la función sexual' sólo es posible por 'la represión de determinados componentes perversos'. Sin represión 'eficaz' no se alcanza normalidad. [53-55]

### **[d] - El ansia de saber (Leonardo de Vinci) y la dedicación profesional como sublimación de energías sexuales (43-45)**

---

<sup>13</sup> **Análisis fragmentario de una histeria ('caso Dora')** (1901) p 960

***Ansia de saber y sexualidad: Leonardo da Vinci*** [pintor y hombre de ciencia italiano, s. XV]

Es interesante su observación a propósito del ‘ansia de saber de Leonardo de Vinci’: *admitimos que se incorporó como refuerzo energías instintivas originariamente sexuales, llegando a representar así posteriormente una parte de la vida sexual. Un individuo en el que se den estas circunstancias investigará, por ejemplo, con el mismo apasionado ardor que otros ponen en amar, y podrá sustituir así el amor por el estudio. No sólo en el instinto de investigación, sino también en la mayor parte de los demás casos de intensidad particular de un instinto, admitimos una intensificación sexual del mismo.*

*La observación de la vida cotidiana de los hombres nos muestra que en su mayoría consiguen derivar [orientar] hacia su actividad profesional una parte muy considerable de sus fuerzas instintivas sexuales. El instinto sexual es particularmente apropiado para suministrar estas aportaciones [estos refuerzos], pues resulta susceptible de sublimación; esto es, puede sustituir un fin próximo por otros desprovistos de todo carácter sexual y eventualmente más valiosos. Consideramos demostrado este proceso cuando la historia infantil de una persona, esto es, la historia de su desarrollo psíquico, nos muestra que el instinto dominante se hallaba durante su infancia al servicio de intereses sexuales, y vemos una confirmación del mismo cuando en la vida sexual del adulto comprobamos una singular disminución, como si una parte de su actividad sexual hubiera quedado sustituida por la actuación del instinto dominante.*<sup>14</sup>

La constatación [el dato] es muy importante para comprender el alcance que él da a la plasticidad de la sexualidad humana y que le ocasionó tantas acusaciones de ‘pansensualista’. En efecto, no sólo reconoce que Leonardo ‘investigase’ con ‘el mismo apasionado ardor que otros ponen en amar’, sino que ‘la vida cotidiana de los hombres nos muestra que en su mayoría consiguen derivar hacia su actividad profesional una parte muy considerable de sus fuerzas instintivas sexuales.’ Y da la razón: ‘El instinto sexual es particularmente apropiado para suministrar estas aportaciones, pues resulta susceptible de sublimación; esto es, puede sustituir un fin próximo por otros desprovistos de todo carácter sexual y eventualmente más valiosos.’ Es decir, el ser humano puede potenciar dinámicas de su comportamiento [aumentar la fuerza de su actividad] con toda la vitalidad y energía que posee el instinto sexual, sin su carácter sexual.

Pero un poco más adelante, en la misma obra describe en qué consiste la sublimación en el más perfecto logro del ‘instinto de investigación del niño’: *El tercer tipo, el más perfecto y menos frecuente, elude [evita] tanto la inhibición del pensamiento [no pensar nada] como la obsesión intelectual neurótica [pensar demasiado de forma enfermiza], merced a una disposición especial. La represión sexual tiene también efecto en este caso, pero no consigue transferir a lo inconsciente un instinto parcial del deseo sexual. Por el contrario, escapa la libido [la energía del instinto sexual] a la represión, sublimándose desde un principio en ansia de saber e incrementando [aumentando] el instinto de investigación [el buscar, la curiosidad], ya muy intenso de por sí. También aquí llega a hacerse obsesiva en cierto modo la investigación y a constituir un sustitutivo de la actividad sexual; mas por efecto de la completa diferencia de los procesos psíquicos desarrollados (la sublimación en lugar del retorno desde lo inconsciente) faltan el carácter neurótico [enfermizo] y la adherencia a los complejos primitivos de la investigación sexual infantil, y el instinto puede actuar libremente al servicio del interés intelectual, atendiendo, sin embargo, simultáneamente a la represión*

<sup>14</sup> Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci (1910) pp 1585-6



*sexual con la evitación de todo tema de este orden* [es decir, pudo dedicar su inteligencia con plena libertad -sin obsesiones ni miedos- a todo lo que se le ponía delante, y al mismo tiempo dominar obsesiones sexuales enfermizas, propias de la infancia].<sup>15</sup>

La constatación de este hecho denominándolo como ‘el más perfecto’, aunque reconozca que es el ‘menos frecuente’ (¡pero no imposible!), nos abre una posibilidad en este proceso de nuestra sexualidad tan imprevisto, pero ante el que nos sentimos impotentes, considerando su energía más como una ‘amenaza’ que hay que evitar que como una ‘oportunidad’ que hay que aprovechar. Si lo denomina como el logro ‘más perfecto’, será digno de tenerse en cuenta, aunque no sea ‘frecuente’, y preguntarnos qué es lo que lo ha hecho posible, o por el contrario, qué es lo que lo imposibilita.

Veamos cómo lo describe: la ‘libido’, por lo visto, escapa a ‘la represión’ (no olvidemos que la represión no es sin más decir que no, sino, ‘quitar de en medio’ algo de tal forma, que termina en el inconsciente), ‘sublimándose’ (transformándose toda esa energía) ‘en ansia de saber’. Pero la diferencia entre el resultado de lo reprimido (procedente del inconsciente) y lo sublimado es que ‘el instinto puede actuar libremente al servicio del interés intelectual, atendiendo, sin embargo, simultáneamente a la represión sexual con la evitación de todo tema de este orden’.

Es decir, la sexualidad humana, dado que es ante todo un proceso dinámico, que no está prefijado ni asegurado, no está llamada a experimentarse como algo ‘necesitante’ [que me obliga, que no puedo prescindir de él] sino como algo de lo que podemos disponer libremente.

El problema está en que la constatación de ‘logros’ indiscutibles [el encontrar resultados estupendos] no resuelve en realidad nuestra búsqueda. Todos en, última instancia, nos vemos obligados a aceptar indiscutibles logros de personajes que nos sobrecogen [nos dejan con la boca abierta]. Sin embargo, tal constatación puede confundir y paralizar nuestra búsqueda [tirar la toalla], pues hay que reconocer que son ‘logros’ tan eminentes [tan ‘fuera de serie’] que surgen uno entre millones. En ese sentido no parece que sean referentes válidos [no nos sirven] para los que no somos ‘fuera de serie’ y por tanto sólo podemos hablar de logros ‘normales’.

En el tema tercero vimos que nuestros instintos están llamados a ser dominados, pero este dominio no está programado por una estructura instintual [como en los animalitos, que no pueden equivocarse]. Ahora bien, este dominio, que ha de darse, no será igual en cada persona. La pregunta, que ya nos la hacíamos entonces, sigue siendo: ¿cuándo este dominio es ‘suficiente’ (lo cual no quiere decir que sea perfecto) y cuándo ‘psicológicamente correcto’?

Por lo pronto hay que recordar algo que ya hemos referido: ¿qué es lo que pretende el Psicoanálisis en cuanto tal? Sustituir *el mecanismo -automático* [se dispara solito] y, *por tanto, insuficiente- de la represión por una condenación ejecutada con ayuda de las más altas funciones espirituales humanas, esto es, conseguir su dominio consciente*,<sup>16</sup> e incluso el encauzamiento de dichas energías, cambiando *su fin sexual por otro más lejano y de un mayor valor social* (sublimación)<sup>17</sup>. Dicho de otra forma, *merced al trabajo de interpretación* [con

<sup>15</sup> **Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci (1910) p 1587**

<sup>16</sup> **Psicoanálisis (1909) p 1545**

<sup>17</sup> **Psicoanálisis, (1909) pp 1563**

ayuda del médico] *que transforma lo inconsciente en consciente, se amplía el yo a expensas de dicho inconsciente, haciéndose, bajo la influencia de los consejos que recibe, más conciliador con respecto a la libido, y disponiéndose a concederle una determinada satisfacción. Los rechazos que el enfermo experimentaba ante las exigencias de la libido se atenúan al mismo tiempo, merced a la posibilidad que en él mismo encuentra de disponer de parte de ella por la sublimación.*<sup>18</sup>

Es decir, la labor del Psicoanálisis es hacer que surja la **persona**, que el **Yo** sea el verdadero protagonista. Veamos cómo formula esta tarea que no pretende ni ‘liberalizar’ [que haga lo que se le antoje] ni ‘moralizar’ [decirle lo que tiene que hacer]: *De la energía con que me defiendo contra el reproche de que el tratamiento psicoanalítico impulsa al enfermo a vivir sin freno alguno su vida sexual, haríais mal en deducir que nuestra influencia se ejerce en provecho de la moral convencional. Esta intención nos es tan ajena como la primera. No somos reformadores, sino observadores... Y sigue: Por tanto, no podemos tomar la defensa de la moral sexual convencional y aprobar la forma en que la sociedad intenta resolver, en la práctica, el problema de la vida sexual. Podemos decir a la sociedad que lo que ella llama su moral cuesta más sacrificios de lo que vale, y que sus procedimientos carecen tanto de sinceridad como de prudencia.*

Todos sabemos las críticas que Freud dirigió a la ‘moral sexual’ de su época, que aquí califica carente “tanto de sinceridad como de prudencia”. Sin embargo, estas observaciones críticas no pretenden ‘decidir’ sobre el comportamiento del paciente, sino sencillamente *cuando, terminado el tratamiento, recobran [los pacientes] su independencia y se deciden, por su propia voluntad, en favor de una solución intermedia entre la vida sexual sin restricciones y el ascetismo absoluto, nuestra conciencia no tiene nada que reprocharnos, pues nos decimos que aquel que después de haber luchado contra sí mismo consigue elevarse hasta la verdad, se encuentra al abrigo de todo peligro de inmoralidad y puede permitirse tener para su uso particular una escala de valores morales muy diferente de la admitida por la sociedad.*

Este ‘observador crítico’ como se define a sí mismo, no se sitúa ‘más allá del bien y el mal’, sino que exige, como a continuación veremos, a todo aquel que lleve a cabo un tratamiento psicoanalítico, que ‘su conciencia no tenga nada que reprocharle’, pues tan sólo ha hecho posible que el paciente, “después de haber luchado contra sí mismo consigue elevarse hasta la verdad”. Es decir, no sólo el médico ha de ser éticamente honesto [honrado en su comportamiento, no ir de aprovechado], sino que el enfermo no debe caer en la arbitrariedad, antes al contrario, ha de descubrir “una escala de valores morales” que a lo mejor no coincide con la ‘admitida por la sociedad’, pero que le interpela haciéndole luchar ‘contra sí mismo... elevándose hasta la verdad’.

Y por si no hemos entendido su compleja postura, cayendo en una crítica simplista, termina la sugerente cita: *Debemos guardarnos, además, de exagerar la participación de la abstinencia [no consentir ni permitirse ningún placer sexual] en la producción de las neurosis. Solamente en un pequeño número de casos consigue el sujeto poner fin, por medio de la iniciación de unas relaciones sexuales que no perturben mucho a la situación patógena*

---

18      **Introducción al psicoanálisis (1915-17) pp 2406-7**

*derivada de la privación y de la acumulación de la libido.*<sup>19</sup> Una vez más, pues, insiste en que la sexualidad humana está llamada a ser encauzada, no a ser ‘liberada’ sin más: ‘abstinencia’ y ‘neurosis’ no son intercambiables [no es verdad que cuanto menos sexo se practique, más neurótica es la persona].

En otro momento recordábamos que uno de los logros del psicoanálisis consiste en que, al hacer consciente lo que estaba reprimido, la persona puede disponer de parte de su sexualidad ‘por la sublimación’. Pues bien, en su logro ideal, esta sublimación hace posible dominar la propia sexualidad sin remitirla al inconsciente (*represión sexual con la evitación de todo tema de este orden*). [43-45]

## **B. Experiencias-vivencias de sublimación (trascendencia):**

### **[F] 2º. La felicidad como trascendencia de la sexualidad: la sublimación (la sexualidad como posibilidad y reto):**

Pero antes de entrar en el tema, conviene tomar conciencia del mundo en el que vivimos y que sin poderlo remediar puede condicionarnos de tal forma que nos haga incapaces de captar posibilidades **reales** que existen en nosotros y que quedan ahogadas por una descalificación generalizada. Para lo cual, lo mejor es recordar cómo **P. Bruckner** nos describía el posmodernismo:

*- La preocupación por la felicidad en su forma laica es contemporánea, en Europa, del advenimiento de la banalidad [nada es importante], este nuevo régimen temporal que se estableció al comienzo de los tiempos modernos y que, tras la retirada de Dios, vio el triunfo de la vida profana, reducida a su prosaísmo. La banalidad o la victoria del orden burgués: insipidez, vulgaridad.*<sup>20</sup>

En efecto, a la hora de aludir a la ‘liberación’ que la sociedad posmoderna ha traído, la define como ‘banalidad’, dicho de otra forma, que nos deja en un ‘descampado’. Veamos cómo **Bruckner** más adelante desarrolla este tema de la banalidad:

*- Pero con esta liberación surge también la banalidad, es decir, la inmanencia total de la humanidad en sí misma [ha quedado encerrada en sí misma]. Sólo se puede huir hacia delante, el cielo se cubre de nubes bajas. Nos vemos condenados a ser solamente seres de este mundo, atrapados a perpetuidad aquí abajo. Nada más que la tierra, podríamos decir parodiando una frase de Paul Morand, y su enorme extrarradio, el cosmos. Al no ser fecundado por la esperanza de una vida mejor, nuestro planeta se encoge. Con la religión había que expiar los pecados para conseguir la salvación. Ahora hay que expiar, pura y simplemente, el hecho de ser. Tras la pregunta “¿Cómo vivir conforme a Dios?”, que la humanidad occidental se planteó durante más de un milenio, llega poco a poco otra que recupera las preocupaciones de los antiguos: “¿Cómo vivir, sin más?”<sup>21</sup>.*

¿Hay posibilidad de alguna trascendencia si no tenemos ‘nada más que la tierra’? La ‘banalidad’ a la que nos lleva ‘la inmanencia total de la humanidad’, ¿deja alguna posibilidad

<sup>19</sup> **Introducción al psicoanálisis (1915-7) p 2393**

<sup>20</sup> P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p.18

<sup>21</sup> P. Bruckner, **La euforia perpetua**, Tusquets, Barcelona 2001, p. 77

de plantearse siquiera algo que nos trascienda (una ‘salvación’ del tipo que sea)? ¿Sólo nos queda “Cómo vivir, sin más”?

Después de todas las confrontaciones hechas en el párrafo [E], sobre todo las últimas de Javier Marías, ¿no ha descrito a la perfección esta banalidad en lo que respecta a la vivencia de la sexualidad, cuando ésta se vive de forma ‘impersonal’? Y una pregunta que podemos hacernos es, si la experiencia humana para que sea personal, necesita algún tipo de trascendencia. El “vivir sin más” ¿se reduce al mero consumir?

Quizá convenga repetir una cita de **Bruckner** que ya aportamos en [2]:

*De aquí parten los dos caminos seguidos por el placer: o la embriaguez, búsqueda enloquecida de la intensidad, o lo gris, paradójico disfrute de las mil formas que puede adoptar lo insípido. Por eso asociamos modernidad y democracia a las nociones de mediocridad, mezquindad y trivialidad, las nuevas divinidades del pequeño burgués universal. Ésta es la aventura occidental: relegar la creencia al fuero interno, reivindicar el planeta como propiedad únicamente humana, desacralizarlo para permitir su explotación racional y científica. Pero en esta gigantesca cantera, en este extraordinario frenesí de invenciones y descubrimientos, el polvo de la banalidad vuela por todas partes, agarra los engranajes, envenena las almas y los destinos. Se impone una heteronomía grotesca [una ley ridícula], que ya no es la de Dios sino la de los jirones muertos del tiempo, el desgaste en la repetición de los días que pasan. La banalidad es el destino de los hombres sin destino, una oportunidad y una servidumbre que nos toca en suerte a todos por igual. Ella es la que repatría a esta tierra el infierno, el paraíso y el purgatorio, y permite a cada cual la posibilidad de conocerlos sucesiva o simultáneamente en el curso de una vida.*<sup>22</sup>

La alternativa del placer (¡no de la felicidad!) no puede ser más pobre: o ‘la embriaguez’, o lo ‘insípido’. La mera ‘explotación racional y científica’ parece desembocar en ‘mediocridad, mezquindad y trivialidad’. ¿No está pidiendo nuestra vivencia de la sexualidad (según todo lo visto) lo que podíamos denominar una ‘exploración simbólica’ (por darle un nombre a esa insaciabilidad e implicación de lo personal que le son innatas)? Es decir, que una dinámica tan enérgica y totalizante exige de cada uno de nosotros explorar dimensiones que no podemos agotar, ya que la sexualidad es apertura a la otra persona en reciprocidad, y dicha exploración al ser pura vivencia, se va a expresar en símbolos más que en ideas, y al ser recíproca está llamada a enriquecerse con la vivencia de la otra persona. Esto sería abrirnos al mundo de los valores y del espíritu.

El problema es que esta situación la ha provocado ‘la modernidad y la democracia’, que nos iguala y autonomiza hasta negar la facultad de escuchar (como nos decía Ortega y Gasset) ‘incapaz de atender a nada ni a nadie’. ¡Cada uno se basta a sí mismo! Y esto no tiene salida, y por eso el propio Bruckner plantea lo siguiente:

*- Si no queremos transformar la democracia en fracaso espiritual, hay que proteger al pueblo soberano contra sí mismo, contra sus caprichos, contra la masificación que impone simplemente a fuerza de números. Hay que colonizar en provecho de la democracia algunos valores tradicionalmente considerados como freno a su expansión; el*

---

<sup>22</sup> **Ibíd.**, p 78

*fervor, la revuelta, la grandeza, la intransigencia. Para durar, la democracia necesita a sus propias antítesis [lo que se le opone], que amenaza con aniquilarla [destruirla], pero que también puede revivificarla [darle vida de nuevo].*<sup>23</sup>

En efecto, se trata de un ‘fracaso espiritual’. Lo numérico (¡la mayoría!) nos masifica (¿el ‘hombre-masa’ de Ortega?). Hay que reivindicar ‘valores’ que den vida (‘revivificarla’) a una democracia que puede sucumbir si se reduce a un ‘pueblo soberano’, abandonado, sin más a ‘sus caprichos’ (¿principio del placer?). Esto nos lleva al epígrafe **[a]** de este apartado **[F]**

### **[a]- La sublimación como el destino más importante de nuestros instintos; la represión como su fracaso (60-62)**

En efecto, para comprender lo que **Freud** entiende por **sublimación**, hay que contraponerla explícitamente a la **represión**, dicho de otra forma, es la única alternativa válida a ésta última. Por otro lado, habría que decir que el ‘voluntarismo’ [cuando pretendemos una cosa sólo ‘apretando los puños’ y no por lo que ‘me merece la pena’] (no la firme decisión de una voluntad que ha descubierto lo que debe hacer) tendría mucho que ver con la represión, en cuanto que no pasa de algo impuesto sin más ‘desde fuera’.

Y aquí, empiezo por una cita de **San Agustín** en sus **Confesiones**:

- *Toda mi esperanza está puesta en la grandeza de tu misericordia. Da lo que mandas, y manda lo que quieras. Nos ordenas la continencia [el dominio de nuestra sexualidad]. “Como sé, ha dicho alguien, que nadie puede tenerla si Dios no se la da, ya era sabiduría saber de dónde procedía ese don” (Sab 8, 21). La continencia nos recompone, nos reconduce a aquella unidad que habíamos perdido al desparramarnos. No nos ama bastante quien ama, al mismo tiempo que a Ti, cualquiera otra cosa, y no la ama por amor de Dios. ¡Oh amor que ardes siempre sin apagarte jamás! ¡Caridad, Dios mío, enciéndeme! Me ordenas la continencia: dame lo que ordenas, y ordena lo que quieras.*<sup>24</sup>

Dos cosas quiero resaltar en esta cita: por lo pronto, aquí trata de la ‘continencia’ en cuanto control del mundo de nuestros deseos (dentro de los cuales entraría la sexualidad), pero lo interesante es que da por supuesto que, al mismo tiempo que Dios ‘quiere’ y ‘manda’ dicha continencia, tiene que darla, para que podamos cumplirla. ¡Todo es gracia! El voluntarismo (¿la represión?) no tiene salida.

El otro aspecto es cómo describe lo que él llama ‘continencia’: “nos recompone, nos reconduce a aquella unidad que habíamos perdido al desparramarnos”. La tan deseada (y cacareada hoy día) ‘unidad interior’ ¿puede darse en el ‘desparramamiento’, o más bien requiere que estemos ‘focalizados’ [que estemos enfocados, que tengamos un norte]? La mera arbitrariedad [capricho] nos decía Freud que era incompatible con la sexualidad humana; si para San Agustín estar ‘desparramado’ es la contraposición a ‘continencia’ (el control de nuestros deseos) ¿no estaría diciendo lo mismo que Freud cuando nos habla de la incompatibilidad de sexualidad con arbitrariedad?

<sup>23</sup> **Ibidem**, p 150

<sup>24</sup> **San Agustín**, **Confesiones**, libro X, capítulo 29

Pero veamos cómo poco antes, en el **Libro VI** nos explicaba lo que aquí dice hablando de la ‘continencia’, pero aplicado aquí a su ‘sexualidad’ descontrolada:

*... Amante de la vida feliz, la temía allí donde reside verdaderamente; la buscaba volviéndole la espalda. Me parecía demasiado desgraciado si me privase de los abrazos de una mujer. En cuanto al remedio que nos ofrece tu misericordia para curar esta clase de debilidades, no pensaba en él, puesto que nunca había hecho la prueba. Creía que la continencia depende de nuestra propia fuerza, y esta fuerza no la sentía en mí. Hasta tal punto era insensato, que ignoraba que “nadie, como dice la Escritura, puede ser continente, si Tú no le permites que lo sea”. Seguramente me lo habrías concedido si, con gemidos de mi corazón, yo hubiese llamado a vuestros oídos, y si, con fe vigorosa, hubiese depositado en Ti todas las penas.*<sup>25</sup>

Sin control, la sexualidad humana no alcanza su plenitud; pero con el propio esfuerzo (¿represión?) no es posible alcanzarlo, sino que ha de ser experimentado como un ‘don’, algo que cambia desde dentro dicha vivencia (¿sublimación?). No es que yo pretenda equiparar la ‘gracia’ de la que está hablando San Agustín con la transformación sorprendente que de hecho puede experimentar nuestro impulso sexual, pero sí hacer caer en la cuenta, que lo que describe San Agustín como don que sólo Dios da, tiene su equivalente en otras transformaciones de dicho instinto gracias a su ‘plasticidad’.

Más aún, dicho control no es algo que siempre funciona. En el capítulo 30 del **Libro X**, aludiendo a su incapacidad de dominar su instinto en el sueño, dejándose llevar a veces de unos deseos incontrolados sin más, al volver a la vigilia [a estar despierto] experimentaba que el control que poseía como don (castidad [dominio de la propia sexualidad]) volvía a aparecer. Esto le lleva a la siguiente conclusión:

*- Y, sin embargo, la diferencia es tan grande, que, cuando esa resistencia se debilita, volvemos a encontrar, cuando despertamos, el reposo de nuestra conciencia; y la misma distancia entre esos dos estados nos hace sentir que nosotros no somos precisamente los que hemos hecho lo que, muy contra nuestra voluntad, se ha verificado en nosotros.*<sup>26</sup>

Es en el descontrol del sueño cuando pueden dominar unos deseos que la persona en cuanto tal (¿en la vigilia!) tiene ‘estructurados’ [controlados] en su conciencia. Es decir, el don parece estar ligado a la persona, a su conciencia (con su libertad y su capacidad de decisión), no es algo sin más mecánico [algo que funciona automáticamente: ¡no somos máquinas, sino personas!]. En este sentido no podemos identificarlo con la ‘sublimación’, pero sí relacionarlo con este logro observado por Freud, que evita la represión y potencia al ser humano. Más adelante abordaremos este don de la castidad enmarcado en la vivencia religiosa cristiana. Dejemos, pues, este aspecto para el último apartado de la dimensión ‘religiosa’ de la sexualidad humana y volvamos a nuestro epígrafe: ‘**la sublimación como el destino más importante de nuestra sexualidad**’, pero que no está asegurado.

Cuando en el **Tema 2** hablamos del período de latencia (donde se formaban los diques necesarios para que nuestra sexualidad no se pierda en la arbitrariedad [el capricho, el antojo] (la vergüenza, la repugnancia y la moral), citamos a Ortega y Gasset que a comienzos de los años 30 diagnosticaba un hombre-masa que se cree ‘que tiene todos los derechos y ninguna obligación’, sin ‘conciencia de servicio y obligación’, situándose en una especie de

<sup>25</sup> **Ibidem**, libro VI, capítulo 11.

<sup>26</sup> **Ibidem**, libro X, capítulo 30.

‘amoralidad’ que no significa nada, sino que es sinónimo de [es lo mismo que] ‘inmoralidad’, ¿no está abocándolo a una moral represiva [impuesta, no incorporada. Es a lo que apunta el ‘estado de derecho’.]?

Y para entender mejor lo que Freud nos plantea en este epígrafe (la contraposición entre sublimación y represión), sin caer en la trampa de identificar esta última con cualquier tipo de restricción o norma, o convertir la sublimación en algo despectivo [despreciable] e iluso, que es como lo usamos en la conversación corriente, hay que pasar al epígrafe siguiente.

**[b]- La sublimación no es la idealización:** *La sublimación es un proceso que se relaciona con la libido objetal y consiste en que el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual. Lo más importante de él es el apartamiento de lo sexual. La idealización es un proceso que tiene efecto en el objeto, engrandeciéndolo y elevándolo psíquicamente, sin transformar su naturaleza... Por consiguiente,...la sublimación describe algo que sucede con el instinto y la idealización algo que sucede con el objeto... La producción de un ideal eleva, como ya hemos dicho, las exigencias del yo y favorece más que nada la represión. En cambio, la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión. (63-64)*

La aclaración no puede ser más lúcida. La sublimación tiene lugar en el instinto en cuanto tal, es algo que cambia su dinámica [su forma de actuar]; la idealización ocurre en el objeto que queda magnificado [engrandecido] y por lo tanto lo único que puede provocar es la represión, porque no ha habido cambio en ‘la libido’ (la energía real disponible para alcanzar dicho ideal). Por último, sintetiza lo dicho en la última frase: *la sublimación representa un medio de cumplir tales exigencias sin recurrir a la represión*. Por tanto, toda persona tiene ideales, y la moral, sin duda, es un horizonte que toda persona debe tener. El problema es que todo esto ha de ir acompañado con una transformación (que en principio debería haberse elaborado en el **periodo de latencia**), que de no haberse llevado a cabo, lo que estaba llamado a ser un ejercicio de la libertad que decide, se convierte en una represión que frustra [que fracasa].

Y aquí, una vez más tenemos que volver a **San Agustín**. En el capítulo 12 de su **Libro I** comenta lo siguiente:

- *En este período de mi infancia... no me gustaba el estudio, y de ello resultaba un bien para mí; era yo el que no obraba bien, puesto que nada hubiera aprendido si no me hubiesen obligado a ello. No se obra bien cuando se obra a la fuerza, aunque lo que se hace sea bueno de por sí. Los que a ello me obligaban, tampoco obraban bien, pero de ello resultaba un bien para mí...*<sup>27</sup>

Es decir, aquí San Agustín capta perfectamente la contraposición entre el bien objetivo [que pretendemos] (al que podemos idealizar y debemos hacerlo –las utopías-) y la propia actuación de la persona que ha de ser desde la libertad, pues **no se obra bien cuando se obra a la fuerza**. Sin transformación del instinto (¿**sublimación**?), no hay comportamiento humano y se convierte en **represión**, aunque lo que se lleve a efecto sea bueno. Por eso en el epígrafe

---

<sup>27</sup> **Ibidem, Libro I, capítulo 12.**

anterior veíamos cómo él mismo ‘creía que la continencia depende de nuestra propia fuerza, y esta fuerza no la sentía en mí’ para llevarle a confesar: ‘Me ordenas la continencia: dame lo que ordenas, y ordena lo que quieras.’.

Pero recojamos esta problemática desde la perspectiva actual, obsesionados como estamos con la felicidad. Veamos cómo **Bruckner** lo plantea:

- *Pero si es cierto que el hombre sólo alcanza la humanidad a través de las pruebas, hay que distinguir éstas de la penitencia. Contrariamente al mito según el cual hay que haber sufrido mucho para conocer a los seres humanos [...], la desgracia no instruye a los hombres, sólo los vuelve infelices y amargados. “Muy poco amor hay que tenerle a la humanidad para pensar que una vida sólo avanza destrozándose”. En otras palabras, sólo son benéficos los deberes a los que podemos dar sentido y que terminan enriqueciendo la vida, como cuando nos sentimos más fuertes después de superar una experiencia que parecía querer acabar con nosotros. [...] Lo apasionante de las biografías, ya sean de gente corriente o famosa, con su alternancia de apogeos, caídas y resurrecciones, es que hablan de individuos corrientes pero capaces, en las situaciones desesperadas, de dar prueba de un valor excepcional o de encontrar una solución. El héroe contemporáneo es un héroe circunstancial que se ve empujado a su pesar al margen de las normas habituales; un luchador por azar, no un profesional de la valentía.*<sup>28</sup>

Tampoco San Agustín ofrecía un ideal que había que llevarlo a cabo en cuanto tal (moral kantiana [muy dura]), sino que para que fuese realmente ‘bueno’ no podía vivirse forzosamente. Pero es una simpleza afirmar sin más que ‘la desgracia no instruye a los hombres, sino los vuelve infelices y amargados’ (¿siempre?), o el entrecomillado que le sigue: “Muy poco amor hay que tenerle a la humanidad para pensar que una vida sólo avanza destrozándose” (entre otras cosas, porque el destrozado, por definición, no avanza). Eso, como él lo formula, nadie lo puede haber dicho. Otra cosa es lo que él mismo constata a continuación: la capacidad de la persona (sea ‘corriente’ o ‘famosa’) en las ‘situaciones desesperadas, de dar prueba de un valor excepcional o de encontrar una solución’. En efecto, es la respuesta de la persona a la situación, no la situación en sí misma. Pero ¿cómo va a mostrar dicho valor o encontrar la solución si no se ha topado con la ‘situación desesperada’? Nos encantan los resultados positivos, pero no tenemos valor para considerar la realidad, tal cual es, como oportunidad. Nadie está llamado, pues, a ser un ‘profesional de la valentía’: esto nos abocaría al heroísmo, pero hay que afrontar la vida si no queremos que nos lleve por delante.

Pero sigamos con **Bruckner**. A renglón seguido comenta:

- *Sólo nos gustan las obligaciones que nos imponemos para conseguir una meta superior, cuando estamos dispuestos a exponernos a los mayores riesgos para conseguir nuestros fines (por eso al contrario de lo que nos repite más de una religión oriental, hay que rehabilitar el yo, el amor propio, la vanidad y el narcisismo, cosas todas ellas excelentes cuando contribuyen a fortalecernos). [Cf. “calvario” de los deportistas]. Que cada cual establezca el umbral de esfuerzo que no desea sobrepasar [...]. Este es el proyecto moderno de mezclar voluntad y autonomía: gracias a él lo inhumano se vuelve humano porque así lo queremos y porque nosotros mismos establecemos el baremo de los dolores que estamos dispuestos a soportar. El “sufrimiento saludable” es el que declaramos*

<sup>28</sup> P. Bruckner, *La euforia perpetua*, Tusquets, Barcelona 2001, p. 195



*necesario para enriquecernos, el que podemos convertir en fuerza y conocimiento.*<sup>29</sup>

La cita es interesante, sobre todo si la confrontamos con San Agustín. Ambos apuntan a lo mismo (el ser humano está llamado a ser libre, autónomo), pero eso no nos lleva a la autosuficiencia. ¿'Rehabilitar al yo' consiste en potenciar 'el amor propio, la vanidad y el narcisismo'? Todo esto posiblemente encaje en la obsesiva preocupación por la 'autoestima', pero no va a ser esa autonomía la que posibilite una vivencia propiamente personal. Veamos la complejidad de una autoestima 'constructiva' (¡pues no toda autoestima es válida!) según **Luis Rojas Marcos**:

*- Cuando hablamos, pues, de alta autoestima es importante distinguir la autoestima saludable o constructiva de la autoestima narcisista o destructiva. La autoestima saludable consiste en la valoración global positiva, razonable y optimista que hace la persona de sí misma. Para hacer esta autovaloración la persona elige y sopesa sus virtudes, defectos, capacidades, limitaciones, y también las consecuencias gratificantes de sus comportamientos para su sano bienestar y desarrollo, y el de los demás. Por el contrario, la alta autoestima narcisista o destructiva se basa en valorar, en exclusiva, las capacidades y talentos que alimentan el sentimiento de superioridad o de poder sobre el prójimo, y las conductas placenteras que resultan del ejercicio o la puesta en práctica de dicho dominio o supremacía sobre otros.*<sup>30</sup>

Es decir, la autoestima 'saludable' es incompatible con el narcisismo. Aquí ya, por lo pronto, choca con Bruckner. El 'amor propio, la vanidad y el narcisismo' ¿pueden rehabilitar un yo llamado a buscar, no sólo 'su sano bienestar y desarrollo' sino, al mismo tiempo, 'el de los demás'? El 'fortalecimiento' del yo, sin duda necesario, ¿consiste en la potenciación [hacer más fuertes] de las tres 'cosas' que denomina, sin más, 'excelentes'? ¿No pueden alimentar el 'sentimiento de superioridad o de poder sobre el prójimo'? Posiblemente la pretendida autonomía 'autosuficiente' del hombre moderno, que no admite ninguna instancia exterior que la objective, lleva a la tentación de dominar a los demás o a la frustración ante la constatación de la propia impotencia.

Pero si seguimos con los planteamientos de Bruckner, la perplejidad (por no decir la simpleza) es aún mayor. En efecto, ante la realidad del sufrimiento plantea poco menos que el deber de 'establecer el baremo de los dolores que estamos dispuestos a soportar' (¿cómo se hace esto?), para al final sacarse de la manga una frase entrecomillada (frases que nos encantan, porque, cuanto más originales son, más nos las creemos): el 'sufrimiento saludable'.

No hay por qué descalificar la frase de entrada, pero la 'salubridad' de cualquier sufrimiento dependerá siempre de nosotros mismos, no de nuestra selección previa. No reduzcamos el 'sufrimiento' al caso de una 'dieta saludable', o al de los deportistas. Es verdad que son previsibles (aunque nunca programables) los sufrimientos que arrastra todo aquello que 'nos merece la **pena**', pero sólo se convierte en 'fuerza y conocimiento' lo que uno ha afrontado, no lo que entra dentro de un supuesto 'baremo' [cálculo programado]. Y no es que el hecho de afrontar 'produzca' automáticamente el resultado deseado, sino que dicho resultado (¡que nunca puede ser inmediato!) es más bien una experiencia que nos sorprende y a la que acogemos como un don. Pero querer controlar el don es quedarme sin él.

<sup>29</sup> **Ibíd.**, p 196

<sup>30</sup> **Luis Rojas Marcos, La autoestima, nuestra fuerza secreta.** Ed Espasa Calpe, 2007, p 24

La experiencia a la que San Agustín nos remitía era algo que nos expresaba, nos realizaba, no un 'logro' que nosotros previamente nos planteábamos y teníamos que alcanzar con nuestro esfuerzo. El confiesa su incapacidad para tal respuesta, de ahí su súplica: "*Dame lo que mandas y manda lo que quieras*". Todo esto, pues, es incomprensible sin la experiencia de la 'gracia', hecho que hay que contar con él desde este momento, aunque hasta el último apartado no lo abordemos.

Pero lo que llevamos dicho hasta este momento nos lleva al epígrafe siguiente: si algo ha quedado claro es que, tanto la **sublimación** que Freud describe como la experiencia de **gracia** de San Agustín, no son algo que dependa sin más de 'arremangarse':

**[c] - La sublimación como posibilidad y riesgo: peligro de ir más allá de las propias posibilidades. [4-6] [53-55]**

Este epígrafe es consecuencia de los anteriores: si la sublimación es 'el destino más importante de nuestros instintos' en cuanto contrapuesto a la 'represión', no consistiendo, por tanto en una 'idealización' sino en la transformación de dicho instinto que queda 'desexualizado' sin ser por ello 'reprimido', el voluntarismo ['por puños'] no puede ser la clave de este logro tan 'importante' y, siendo una meta deseable, no puede imponerse ni desde fuera, ni desde dentro, teniendo la propia persona que medir sus propias posibilidades.

El peligro, pues, de la idealización y su inseparable voluntarismo, siempre puede tentarnos. Los 'amores' totalmente gratuitos (oblativos) [que nunca son 'interesados'] que tanto nos sorprenden y agradecemos, no pueden ponerse como ideal. Es interesante, a este respecto, la alusión que **Benedicto XVI**, en su encíclica *Deus caritas est*, hace a este tema, usando una terminología hasta ese momento totalmente ajena a cualquier documento pontificio:

- *En realidad, eros [amor sexual] y agapé [ternura] –amor ascendente y amor descendente- nunca llegan a separarse completamente... Si bien el eros inicialmente es sobre todo vehemente, ascendente –fascinación por la gran promesa de felicidad-, al aproximarse la persona al otro se planteará cada vez menos cuestiones sobre sí misma, para buscar cada vez más la felicidad del otro, se preocupará de él, se entregará y deseará "ser para" el otro. Así, el momento del agapé se inserta en el eros inicial; de otro modo, se desvirtúa [es 'descafeinado'] y pierde también su propia naturaleza...*

*Por otro lado, el hombre tampoco puede vivir exclusivamente del amor oblativo, descendente. No puede dar únicamente y siempre, también debe recibir: Quien quiere dar amor, debe a su vez recibirlo como don. Es cierto –como nos dice el Señor- que el hombre puede convertirse en fuente de la que manan ríos de agua viva (Cf. Jn 7, 37-38). No obstante, para llegar a ser una fuente así, él mismo ha de beber siempre de nuevo de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios (cf. Jn 19, 34)*

*... relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el eros que busca a Dios y el agapé que transmite el don recibido...*<sup>31</sup>

Ya es un acierto poner el *eros* como punto de partida para un *agapé* que nos hace salir gratuitamente de nosotros mismos. Pero esta culminación no podemos absolutizarla [idealizarla y verla como lo único válido], pues ambas dinámicas "nunca llegan a separarse

<sup>31</sup> **Benedicto XVI**, *Deus caritas est*, n° 7.

completamente”. Quizá lo único que sugiere el papa es que no se puede ‘idealizar’ el ‘amor oblativo’ [de entrega], sino que ‘también debe recibir’. Esto nos llevará al apartado siguiente **[G]**.

Pero antes recojamos el último epígrafe para el cual no he encontrado ninguna posible confrontación, pero eso no quiere decir que la persona que esté trabajando estas hojas no encuentre nada con que poder hacerlo:

**[d]- El ansia de saber (Leonardo de Vinci) y la dedicación profesional como sublimación de energías sexuales (43-45)**

**C. Interpelaciones propias:**

El tema presente tiene gran importancia para todos y cada uno de nosotros: después de todo lo visto, habría que decir que en vez de la formulación del epígrafe [a] (“la sublimación como el destino más importante de nuestros instintos”), habría que decir, el **único**, porque los otros habría que enmarcarlos en [llamarlos] mecanismos [instrumentos, maneras] de **represión**, nunca capaces de transformar nuestra energía, nuestro instinto. El saber que este proceso es posible, no es poco; pero tiene uno que tener en el horizonte el contenido que ha de hacer posible que instintos que, en principio, Freud no duda en denominar 'polimórficamente perversos' están llamados a ser más: una libre expresión, que no un control voluntarista, que no sólo nos agota sino que no nos llena.

Sin embargo, sí hay que distinguir entre idealización y sublimación. Es fácil que confundamos los términos, con lo cual fomentamos la represión, tanto a nivel personal, como en la educación (por ejemplo). Y aquí conviene preguntarse si, sin los 'diques' que el 'periodo de latencia' proporcionaba a nuestra sexualidad (la repugnancia, la vergüenza y la moral), ¿sería posible la 'sublimación'?

Otra gran pregunta que debemos hacernos, y que procede de la anterior, es que no podemos creernos omnipotentes ['chulos', creernos que todo lo vamos a poder] y que todo puede ser 'sublimado' y 'ya', sino que hay que respetar ritmos, procesos e incapacidades, sin hacer nunca **generalizaciones** ni en un sentido ni en otro: hay que ayudar a que la persona vaya dando de sí lo mejor, sin que la quememos por querer ir más deprisa o forzarla a alcanzar metas que no son para ella.

Por último el dato histórico de Leonardo de Vinci, y de tantos otros que a lo mejor nosotros hemos conocido, debe animarnos al reto de este tema: hay que potenciar lo mejorcito de nosotros, porque si no lo encauzamos positivamente [si no lo llevamos por el mejor camino posible para cada uno] (si no lo sublimamos), lo que estaba llamado llenarnos puede terminar en frustración constante [desengañarnos] (en represión)...